

montecillo, y sobre él reposa la infausta peña de Espielberga, antiguamente palacio de los señores de Moravia, y hoy día el mas riguroso presidio de la monarquía austriaca. Era ciudadela bastante fuerte pero los Franceses la bombardearon y tomaron en tiempo de la famosa batalla de Austerlitz (la aldea de este nombre está á poca distancia). No ha sido despues restaurada para poder servir de fortaleza pero se reconstruyó una parte del recinto que estaba derrocada. Cerca de trecientos reos, los mas ladrones y asesinos, estaban allí custodiados, uno sufriendo el *cárcere duro* y otros el *durisimo*.

El *cárcere duro* significa estar obligado al trabajo, llevar una cadena á los pies, dormir sobre una tarima desnuda, y alimentarse de la mas pobre y escasa comida que darse puede; el *durisimo* es estar encadenado mas horriblemente con un archo de fierro alrededor de los hijares, y la cadena fija á la pared, por manera que apenas puede uno arrastrarse alrededor de la tarima que sirve de cama: la comida es la misma, aunque la ley diga: *pan y agua*. Nosotros, presos de Estado, estabamos condenados al *cárcere duro*.

Subiendo á la cima de esta colina, volviamos los ojos atras par decir adios al mundo, inciertos si el abismo que nos iba á tragar vivos se abriria ya para nosotros. Yo estaba sereno esteriormente, pero dentro bramaba; en valde queria acudir á la filoso-

fía para apaciguarme, la filosofía no tenia razones suficientes para mí. Partido de Venecia con quebrantada salud, el viage me habia estropeado sobremanera: la cabeza y todo el cuerpo me dolian, estaba ardiendo en calentura. El mal físico contribuia á tenerme iracundo, y probablemente la ira agravaba la dolencia corporal.

Fuimos entregados al superintendente de Espielberga, y nuestros nombres fueron inscritos entre los de los ladrones. El comisario imperial al regresar nos abrazó, y estaba enternecido: os recomiendo á todos particularmente la docilidad, nos dijo; la mas mínima infraccion de la disciplina podrá ser castigada por el superintendente con penas severas.

Hecha la entrega, Maroncelli y yo fuimos conducidos á un corredor subterráneo en donde se nos abrieron dos tenebrosos cuartos no contiguos: cada uno de nosotros fue encerrado en su mazmorra.

LVIII.

Acerbísima cosa es, despues de haberse despedido ya de tantos objetos, cuando no quedan mas que dos amigos igualmente desventurados, ¡ ah! sí, acerbísima cosa es el separarse uno de otro. Maroncelli al dejarme me veia enfermo, y compadecia en mí á un hombre que probablemente no veria ya jamas: yo compadecia en él una flor rozagante,

arreatada acaso para siempre á la luz vital del sol. Y esta flor en efecto ; cómo se marchitó ! Volvió á ver la claridad un día , mas ; ay ! ; en qué estado

Cuando me encontré solo en esta hórrida celda y oí echar los cerrojos , y columbré á la poca claridad que venia de arriba por una ventanilla la pesada tarima que me era dada por lecho , y una enorme cadena en la pared , me senté horrorizado en aquel , y tomando esta en mi mano , medí su tamaño , creyendo estaba destinada para mí. Media hora despues , oigo rechinar las llaves , la puerta se abre , el carcelero mayor me traía un cántaro de agua.

— Esto es para beber , me dijo con voz bronca. Mañana por la mañana os traeré pan.

— Gracias , buen hombre.

— No soy bueno , replicó.

— Peor que peor para vos le dije airado. Y esa cadena , añadí , ¿ es por ventura para mí ?

— Sí , si vos no estais quieto , si os enfureceis , decís insolencias , pero si sois cuerdo , no os pondremos mas que una cadena en los pies ; el carcelero la está preparando. Paseábase con pausa arriba y abajo , meneando un manojo de llaves tremendamente , y yo con ojo airado miraba su agigantada , flaca y vieja persona , y á pesar de las facciones nada desagradables de su rostro , todo en él me parecia la expresion odiosísima de una brutal severidad.

¡ Oh ! ; cómo los hombres son injustos , juzgando por la apariencia , y segun sus orgullosas preocupaciones ! Este á quien yo me imaginaba movia alegremente las llaves , para hacerme conocer su triste potestad , este á quien yo reputaba descarado por su larga costumbre de crueldad , estaba poseído de pensamientos compasivos , y ciertamente no hablaba asi con acento duro sino por ocultar este afecto ; hubiera querido encubrirle á fin de no parecer débil , y por temor que yo no lo mereciese , mas al mismo tiempo presumiendo que tal vez era yo mas infeliz que inicuo , hubiera deseado manifestármelo.

Fastidiado de su presencia , y mas aun de su aire de autoridad , juzgué oportuno humillarle diciéndole imperiosamente como á un criado : — dadme de beber.

Me echó una mirada que parecia significar : — Arrogante , aquí es preciso desacostumbrarse á mandar. Callóse no obstante , bajó su largo espinazo , tomó del suelo el cántaro , y me lo alargó. Noté al agarrarle que él temblaba , y atribuyendo este temblor á su vejez , una mezcla de piedad y respeto moderó mi orgullo.

— ¿ Cuántos años teneis vos ? le dije con voz halagüeña.

— Setenta y cuatro , caballero ; ya he visto muchas desgracias mias y ajenas. Estas palabras sobre

sus desgracias y las ajenas fueron acompañadas de nuevo temblor, en el acto que volvía á asir el cántaro, y sospeché fuese efecto no solo de la edad, sino de cierta generosa perturbacion. Esta duda borró en mi alma el odio que me habia infundido su primer aspecto.

— ¿Cómo os llamais? le dije.

— La fortuna, caballero, se burló de mí dándome el nombre de un grande hombre: me llamo Schiller. En seguida me contó en pocas palabras cuál era su pais, cuál su origen, cuáles las guerras que habia visto, y las heridas ganadas en ellas. Era esguízaro, de familia campesina, habia peleado contra los Turcos bajo el mando del general Laudon en tiempo de María Teresa y de José II, luego en todas las guerras de Austria contra Francia hasta la caída de Napoleón.

LIX.

Cuando de un hombre que creíamos á primera vista malo, concebimos despues mejor opinion, reparando entonces en su semblante, en su voz y en sus modales, nos parece descubrir evidentes señales de hombría de bien. ¿Este descubrimiento es pues una realidad? Yo sospecho que es ilusion, porque este mismo semblante, esta misma voz, estos mis-

mos modales nos parecian poco antes patentes indicios de bribonería; tan pronto como se ha mudado nuestro juicio sobre las prendas morales, tan pronto se han cambiado tambien las conclusiones de nuestra ciencia fisonómica. ¡Cuántos semblantes veneramos, porque sabemos que pertenecen á hombres probos, y no nos parecerian acomodados para inspirar veneracion, si perteneciesen á otros sugetos! y vice versa. Reíme una vez de una dama que viendo un retrato de Catilina, y confundiéndole con Colatino, se imaginaba dar una esplicacion del sublime dolor de este último por la muerte de Lucrecia; y sin embargo tales ilusiones son comunes. No que no haya semblantes de personas buenas que lleven bien impreso el carácter de bondad, y semblantes de malas que lleven el de maldad, pero sostengo que hay muchos de dudosa espresion.

Sea como fuere, habiéndome puesto algun tanto bien quisto con el viejo Schiller, le miré con mas atencion que antes, y ya no me desagradó. En su hablar á la verdad en medio de cierta rusticidad habia tambien rasgos de alma elevada.

— Cabo de escuadra cual soy, decia él, me han dado por retiro el triste oficio de carcelero: y Dios sabe si no me cuesta mas sentimiento que arriesgar la vida en el campo de batalla.

Me pesó haberle pedido de beber con altanería. — Mi querido Schiller, le dije, asiéndole la mano,

por mucho que vos lo negueis, conozco que sois bueno, y porque he caido en esta adversidad, doy gracias al cielo de haberme dado á vos por custodio mio.

Escuchó mis palabras, meneó la cabeza, y respondió refregándose la frente como hombre que tiene un pensamiento molesto : — Soy malo, señor; me han hecho prestar un juramento, al cual nunca faltaré : estoy obligado á tratar á todos los presos sin atender á su condicion, sin indulgencia, sin concesion de abusos, y mucho mas á los presos de Estado. El Emperador sabe lo que hace, y yo debo obedecerle.

— Vos sois un hombre honrado, y yo respetaré lo que reputais como deber de conciencia, pues el que obra con sincera conciencia puede errar, mas está puro delante de Dios.

— ¡Pobre señor! tened paciencia, y compadecedme : seré de bronce en el cumplimiento de mis deberes, pero el corazon.... el corazon está sumamente pesaroso por no poder aliviar á los infelices; esto era lo que queria deciros. Ambos estabamos conmovidos : me suplicó de estar quieto, de no entrar en furor, como suelen hacerlo los presos, y de no precisarle á tratarme duramente. Tomó despues un tono áspero, como por encubrirme una parte de su conmocion, y dijo : — Ahora es menester que me vaya.

Volvióse luego atrás, preguntándome cuánto tiempo hacia que me duraba esa triste tos que tenia, y profirió un solemne juramento contra el médico, porque no venia en aquella noche misma á visitarme.

— Teneis vos una calentura de toro, añadió, soy inteligente en la materia; necesitariais cuando menos un jergon, mas como el facultativo no lo ha mandado, no podemos dársele. Salióse, cerró la puerta, y yo me tendí encima de la dura tarima, febricitante, sí, y con fuerte dolor de pecho, pero menos irritado, menos enemigo de los hombres, y menos distante de Dios.

LX.

Por la tarde vino el superintendente, acompañado de Schiller, de un cabo y dos soldados para hacer una requisa. Cada día estaban prescritas tres, una por la mañana, otra por la tarde, y otra á media noche : registraban todos los rincones de la prision, toda menudencia; en seguida salian los inferiores, y el superintendente (que nunca faltaba por mañana y tarde) se detenia á conversar algun rato conmigo.

La primera vez que ví aquella pequeña escolta, me ocurrió un extraño pensamiento, pues ignorante todavia de estos usos importunos, y con el desvarío

de la calentura, me figuré que venian á descuartizarme, y agarré la larga cadena que estaba á mi lado, para romper con ella los cascós del primero que se arrimára.

— ¿Qué haceis? dijo el superintendente; no venimos á haceros ningun mal, esta es una visita de formalidad de todas las prisiones, con la mira de asegurarnos que nada hay que no esté en órden.

Titubeaba yo; mas cuando ví á Schiller adelantarse hácia mí, y tenderme amigablemente la mano, su aspecto paternal me infundió confianza: solté la cadena, y tomé su mano entre las mias.

— ¡Oh! ¡cómo está abrasando! dijo él al superintendente; si se pudiese á lo menos darle un jergon. Pronunció estas palabras con tal espresion de verdadero afecto cordial que me enternecí.

El superintendente me tomó el pulso, y me tuvo lástima: era un sugeto de bellos modales, mas no se atrevia por sí á disponer nada.

— Aquí todo es rigor hasta para mí, dijo él; si no ejecuto á la letra lo que está prescrito, me aventuro á que me quiten el empleo.

Schiller alargaba los labios, y hubiera apostado que pensaba entre sí: si yo fuese superintendente, no llevaria el miedo hasta ese punto, pues el tomar por sí un arbitrio tan justificado por la necesidad, y tan indiferente á la monarquía, nunca podrá reputarse por gran delito.

Cuando me quedé solo, mi corazón desde algun tiempo incapaz de profundo sentimiento religioso se conmovió y rogó: era una súplica de bendicion por Schiller, y añadía: ¡haced, Dios mio, que yo descubra en los demas alguna prenda que me los haga amar, acepto todos los tormentos de la cárcel, pero permitidme que ame, y libradme del tormento de aborrecer á mis semejantes!

A media noche oí muchos pasos en el corredor; las llaves chillan, la puerta se abre; es el cabo con dos soldados para la requisa.

— ¿En dónde está mi viejo Schiller? exclamé con ansia (Él se habia parado en el corredor).

— Aquí estoy, aquí estoy, respondió. Y viniendo apresurado hasta la tarima en que me hallaba tendido volvió á tomarme el pulso, inclinándose inquieto á mirarme, como un padre en la cama de su hijo enfermo.

— Y ahora que me acuerdo, mañana es jueves, murmuraba él, sí, demasiado que es jueves.

— Y qué quereis vos decir con eso?

— Que el médico no suele venir sino los lunes, miercoles y viernes por la mañana, y que mañana ciertamente no vendrá.

— No os inquieteis por eso.

— Que no me inquiete, que no me inquiete, en toda la ciudad no se habla de otra cosa que de vuestra llegada y el médico no puede ignorarla.

¿Por qué diantres, pues, no ha hecho el esfuerzo extraordinario de venir una vez de mas?

— ¿Quién sabe si no vendrá mañana, aunque es jueves?

El viejo no replicó, pero me apretó la mano con tal fuerza brutal, que medió me la estropeó. Y bien que me hizo mal, tuve en ello gusto, semejante al que experimenta un enamorado, si da la casualidad que su querida prenda bailando le pisa un pie: pegaría un chillido á causa del dolor, pero se aguanta, se sonríe con ella, y se estima dichoso.

LXI.

El jueves por la mañana, despues de una pésima noche, debilitado y molidos los huesos con las tablas duras, me sobrevino un abundante sudor. Vino la ronda: el superintendente no estaba, pues como esta hora le era incómoda, venia despues algo mas tarde.

Dije á Schiller: — Ved cómo estoy empapado en sudor, se me enfria ya sobre las carnes, tendria necesidad de cambiar pronto de camisa.

— Eso no es posible, gritó con voz brutal. Hízome secretamente señas con ojos y mano. Salidos el cabo y soldados, volvió á hacerme una guiñada, en el acto que cerraba la puerta.

Poco despues estaba de vuelta, trayéndome una

camisa suya larga dos veces como todo mi cuerpo.

— Para vos, dijo él, es algo larga, pero por ahora no tengo otra.

— Os doy mil gracias, amigo, pero como he traído á Espielberga un baul lleno de ropa blanca, espero que no se me rehusará me sirva de mis camises: hacedme favor de pedir al superintendente una de ellas.

— Está prohibido daros vuestra ropa; todos los sábados se os dará una camisa de la casa, como á los demas presos.

— Buen anciano, le dije, vos veis en qué estado estoy; es poco verisimil que yo salga vivo de aquí: nunca podré recompensaros vuestros cuidados.

— Vaya, vaya, exclamó; hablar de recompensa á quien no puede ser de ninguna utilidad, á quien apenas puede prestar á escondidas á un enfermo con qué enjugarse el cuerpo bañado en sudor. Y echándome de zopeton en los hombros su larga camisa, se fué refunfuñando, y cerró la puerta con gran estrépito.

Como dos horas despues me trajo un zoquetazo de pan negro.

— Esta es, dijo, la porcion para dos dias. Despues se puso á dar paseos rabiando.

— ¿Qué teneis vos? le dije. ¿Estais enfadado contra mí? Por lo tanto he aceptado la camisa que me trajisteis.

— Estoy furioso contra el médico, el cual, aunque hoy sea jueves, podía haberse dignado venir.

— Paciencia, respondí. Decía paciencia, mas no encontraba modo de reposar así en las tablas sin siquiera una almohada: me dolían todos mis huesos.

A las once, me trajó la comida un preso, acompañado de Schiller: esta se componía de dos pucherrillos de peltre, en uno había una detestable sopa, y en el otro verduras condimentadas con una salsa tal que solo el olor daba asco. Probé el tragar algunas cucharadas de sopa, no me fue posible.

Schiller me repetía: tened ánimo, procurad acostumbrarse con estas comidas, pues de lo contrario os sucederá lo que á otros, no comer sino un poco de pan, y morir de inanición.

El viernes por la mañana, vino al fin el doctor Bayer: me encontró calentura, mandó me diesen un jergón é insistió para que fuese sacado de este subterráneo y trasladado al piso superior. No se podía, porque no había sitio; pero hecha una demanda al conde Mitrowski, gobernador de ambas provincias, Moravia y Silesia, residente en Brünn, este respondió que vista la gravedad de mi mal, se cumpliese la orden del médico.

En el cuarto que me dieron penetraba alguna claridad, y encaramándome en las rejas de la angosta lumbreira veía el valle que estaba abajo, un pedazo de la ciudad de Brünn, un arrabal con mu-

chos huertecillos, el cementerio, el pequeño lago de la Cartuja, y las colinas llenas de árboles que nos dividían de los famosos campos de Austerlitz. Esta vista me encantaba. ¡Oh! ¡cuánto me hubiera alegrado de haber podido participarla con Maroncelli!

LXII.

Entre tanto se nos estaban preparando los vestidos de preso: de allí á cinco días me trajeron el mio. Consistía en un par de pantalones de paño muy basto, de color gris á la derecha, y á izquierda pardo oscuro, una casaca de dos colores dispuestos del mismo modo, y un chaleco igual, con la diferencia que el color pardo estaba á derecha, y el gris al lado opuesto; las medias eran de lana muy gruesa, la camisa de cañamazo lleno de pajillas que me desollaban (un verdadero cilicio), al cuello una corbata de tela igual á la de la camisa, los botines eran de cuero no adobado con lazos, y el sombrero blanco.

Completaban esta librea los grillos en los pies, esto es, una cadena de una pierna á otra, cuyos eslabones fueron cerrados con clavos remachados sobre un yunque. El cerrajero que me hizo esta maniobra, creyendo que yo no entendía alemán, dijo á un

guardia : malo como está, se le podía dispensar este juego, no se pasarán dos meses sin que el ángel de la muerte venga á librarle.

— *Möchte es seyn!* (¡ojalá sea así!) le dije yo, dándole una palmadita en el hombro.

El pobre hombre se estremeció y quedó confuso ; despues dijo : — Espero que no seré profeta, y deseo que le liberte otro ángel.

— Antes que de vivir así, ¿ no os parece, le respondí, que sea bienvenido tambien el de la muerte? Hizo señas que sí con la cabeza, y se marchó condoliéndose de mí.

En efecto de buena gana hubiera querido dejar de vivir, pero el suicidio no me tentaba, pues confiaba que la debilidad de mis pulmones seria bastante grande para concluir conmigo pronto : Dios no lo quiso así. La fatiga del viage me habia hecho mucho mal : el reposo me dió algun alivio.

Un instante despues que salió el herrero oí resonar el martillo sobre el yunque en el sótano. Schiller todavía estaba en mi cuarto.

— Oid esos golpes, le dije ; sin duda ponen los grillos al pobre Maroncelli. Y diciendo esto, se me oprimió de tal modo el corazon que me bamboleé, y á no ser por el buen viejo que me sostuvo, me hubiera caído ; estuve mas de media hora en un estado parecido al desmayo, pero no lo era ; no podia hablar, mis pulsos apenas latian, un sudor frio me

inundaba de pies á cabeza, y no obstante esto oia todas las palabras de Schiller, y conservaba la memoria de lo pasado, y el conocimiento de lo presente.

La órden del superintendente y la vigilancia de las guardias habian tenido en silencio hasta entonces todas las prisiones inmediatas. Tres ó cuatro veces habia oido cantar una copla italiana, mas al instante la cubrian los gritos de las centinelas. Teniamos varias en el terraplen debajo de nuestras ventanas, y una en nuestro mismo corredor, la cual se paraba continuamente á escuchar á las puertas, y á mirar por los postiguillos para prohibir el ruido.

Una tarde al oscurecer (cada vez que pienso en ello, se me renuevan las palpitations que entonces esperimenté) las centinelas, por feliz acaso, hicieron menos atencion, y oí elevarse y proseguirse una copla con voz algo mas baja, pero clara, en la prision contigua á la mia. ¡ O qué alegria, qué emocion se apoderaron de mí ! Me levanté del jergon, me puse á escuchar, y cuando se calló, prorumpí en irresistible llanto.

— ¿ Quién eres tú ? desdichado, exclamé, ¿ quién eres tú ? Dime tu nombre ; yo soy Silvio Pellico.

— ¡ Oh Silvio ! respondió el vecino, no te conozco personalmente, mas hace ya tiempo que te amo. Acércate á la ventana, y hablémonos, mal que le pese á los esbirros.

Me agarré á la ventana , me dijo su nombre , y nos dirijimos uno á otro algunas palabras afectuosas. Era el conde Antonio Oroboni , natural de Fratta junto á Rovigo , jóven de veintinueve años.

¡Ay! fuimos interrumpidos muy luego con los gritos amenazadores de las centinelas ; la del corredor pegaba recio con la culata del fusil , ya en la puerta de Oroboni , ó en la mia. Ni queriamos ni podiamos obedecer , pero las maldiciones que echaban eran tales que cesamos , quedando convenidos en principiar otra vez , cuando se relevarian las que estaban.

LXIII.

Sucedió como esperabamos , y es que hablando mas quedo , podiamos oirnos uno á otro , y á veces se hallarian centinelas caritativas que finjan no advertir nuestro cuchicheo , pues á fuerza de ensayos llegamos á descubrir un modo de emitir la voz tan débil que bastaba á nuestros oidos , y ó se escapaba á las de los demas , ó se prestaba al disimulo. Sucedia no obstante de cuando en cuando que habia oyentes de oido mas fino , ó que olvidabamos de moderar nuestro temple de voz , en cuyo caso volvian á principiar los gritos y culatazos en las puertas , y , lo que era peor , la cólera del pobre Schiller y del super-

intendente. Poco á poco fuimos perfeccionando todas las precauciones , á saber , hablar mas bien en ciertos cuartos de hora que en otros , cuando era el turno de tales ó tales guardias mas bien que el de otras , y siempre con voz muy moderada , y sea excelencia de nuestro arte , ó en los otros una costumbre de condescendencia que se iba formando , lo cierto es que concluimos por poder conversar bastante todos los dias , sin que ningun superior tuviese casi nunca que amonestarnos.

Asi nos estrechamos de tierna amistad : me refirió su vida , le conté la mia , las penas y consuelos del uno venian á ser los consuelos y penas del otro. ¡Oh! ¡de cuánto alivio nos serviabamos recíprocamente ; ¡cuántas veces despues de no haber dormido en toda la noche , cada uno por su lado poniéndose por la mañana á la ventana , y saludando á su respectivo amigo y oyendo sus apreciables palabras , sentia en el corazon endulzarse la tristeza , y redoblarse el ánimo ! pues uno estaba persuádido de ser útil al otro , cuya certeza despertaba una dulce emulacion de amabilidad en nuestras ideas , y ese contento que tiene el hombre aun en la miseria , cuando puede ayudar á su semejante. Cada coloquio dejaba hueco á continuar y aclarar el punto en cuestion , era un estímulo vital y perenne para la inteligencia , memoria , imaginacion y corazon.

Al principio acordándome de Juliano , descon-

fiaba de la constancia de este nuevo amigo, y reflexionaba: hasta la presente no nos ha sucedido encontrarnos desacordes, el día menos pensado puedo disgustarle en algo, y enviarme enhorramala. Muy en breve desapareció esta sospecha; pues nuestras opiniones concordaban en todos los puntos esenciales, solo sí que á un alma noble, animada de generosos sentimientos, superior al infortunio, unia él la mas cándida y plena fe en el cristianismo, al paso que esta en mí andaba vacilante hacia ya algun tiempo, y aun á veces me parecia estinguida totalmente. Impugnaba él mis dudas con justísimas reflexiones y mucho amor, yo conocia que él llevaba razon y se la daba, pero las dudas volvian, lo que sucede á todos cuantos no tienen el Evangelio en el corazon, á cuantos aborrecen á sus semejantes, y se ensorbecen de sí mismos. El entendimiento ve por un instante la verdad, mas como esta no le agrade, la pone de lado el instante despues, esforzándose á mirar á otra parte.

Oroboni era propio para fijar mi atencion en los motivos que el hombre tiene de ser indulgente para con los enemigos, pues no se hablaba de persona aborrecida sin que se pusiese hábilmente á defenderla, no solo con palabras sino con el ejemplo; varios le habian perjudicado, lo sentia, mas perdonaba á todos, y si podia citarme alguna accion loable de algunos de ellos, lo hacia con gusto.

La irritacion que me dominaba, y me volvia irreligioso desde mi condenacion acá, duró todavía algunas semanas, y al fin cesó completamente. La virtud de Oroboni se habia apoderado de mí, y esforzándome á alcanzarla, me puse á lo menos á seguir sus huellas. Cuando pude de nuevo rogar sinceramente por todos, y no detestar ya á nadie, se desaparecieron mis dudas sobre la fe: *Ubi charitas et amor, Deus ibi est.* «En donde estan la caridad y el amor, allí está Dios.»

XLIV.

Hablando con verdad, si la pena era severísima y capaz de irritar, teniamos al mismo tiempo la rara suerte de que eran buenos todos cuantos veiamos, y aunque no podian aliviar nuestra situacion sino con buenas y respetuosas atenciones, esto era comun á todos ellos; si habia alguna aspereza en el viejo Schiller, ¡cuán compensada no era con la nobleza de su corazon! hasta ese cuitado Kunda (el reo que nos traía la comida, y tres veces al dia el agua) queria que advirtiesemos la lástima que nos tenia, pues era él quien aseaba el cuarto dos veces por semana, y una mañana barriendo, aprovechó el momento que Schiller se habia alejado dos pasos de la puerta, y me ofreció un pedazo de pan blanco;

no lo acepté, mas le estreché la mano cordialmente, cuya accion le conmovió, diciéndome en mal alemán (era polaco): os dan ahora tan poco de comer que seguramente vos padecéis hambre. Aseguré que no, mas aseguraba lo increíble.

Viendo el médico que ninguno de nosotros podia acostumbrarse á esta clase de comida, nos puso á todos á lo que llaman *cuarta parte de porcion*, es decir, al régimen del hospital: eran tres sopitas muy claras al día, un pedacito de asado de cordero que se podia tragar de un bocado, y como unas tres onzas de pan blanco. Como mi salud se iba mejorando, el apetito se aumentaba, y esta porcion era demasiado poca, procuré volver al alimento de los sanos, mas no tuve ninguna ganancia, pues que me repugnaba tanto que no podia pasarlo, por lo que se me hizo indispensable atenerme á la *cuarta parte*, conociendo por espacio de mas de un año el grande tormento del hambre, el cual lo sufrían aun con mayor vehemencia algunos de mis compañeros, quienes siendo mas robustos que yo, estaban hechos á nutrirse mas abundantemente, y conozco algunos de ellos que aceptaron pan de Schiller y de los dos guardias empleados en nuestro servicio, y hasta de ese buen hombre de Kunda.

— Corre la voz en la ciudad que os dan á todos en general poco de comer, me dijo una vez el barbero, jovencito practicante de nuestro cirujano.

— Es mucha verdad, respondí naturalmente.

El sábado siguiente (venia todos los sábados) quiso darme de oculto un buen pedazo de pan blanco. Schiller hizo como que no habia visto la oferta. Yo si hubiese escuchado al estómago, le hubiera admitido, mas permanecí firme en rehusar, á fin de que el pobre jóven no repitiese el regalo, el que á la larga le hubiera sido un gravámen. Por el mismo motivo recusaba los presentes de Schiller, varias veces me trajo un tajo de carne cocida, suplicándome la comiera, y protestando que no le costaba nada, que se la daban de mas, que no sabia que hacer con ella, y que la daria de veras á otro, si yo no la tomaba. Me hubiera abalanzado á devorarla, mas aceptándola, ¿no hubiera aquel deseado todos los días darme alguna cosa? Solo dos veces que me trajo un plato de cerezas, y otra algunas peras, la vista de esta fruta me fascinó irresistiblemente; me pesó haberla tomado, cabalmente porque en lo sucesivo no cesaba de ofrecerme siempre.

LXV.

En los primeros días fue convenido que cada uno de nosotros tendria una hora de paseo dos veces por semana, en seguida nos dieron esta distraccion un